

06/2017

31 de enero 2017

José Pardo de Santayana Gómez de Olea

La Geopolítica ha vuelto para
quedarse

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

La Geopolítica ha vuelto para quedarse

Resumen:

La percepción de que la geopolítica ha vuelto y de que se está conformando un orden global multipolar está ganando terreno. Esta circunstancia no es transitoria, sino que, por lo contrario, la emergencia de China con la perspectiva de convertirse en las próximas décadas en la primera potencia mundial lleva implícito el reforzamiento progresivo de la geopolítica como elemento vertebrador de las relaciones internacionales. Esto no supone necesariamente la confrontación y la guerra entre los principales centros de poder del mundo. El arma nuclear ha cambiado en ese sentido la lógica de la historia. Pero como consecuencia de las fuerzas tectónicas que están reacomodando dicho orden internacional sí se pueden esperar tensiones y dificultades crecientes. En cualquier caso, el futuro se abordará mejor si se tienen en cuenta tanto las sensibilidades como los condicionantes de la geopolítica.

Abstract:

It's gaining ground the notion that geopolitics have returned and a multipolar global order is being rebuilt. This circumstance is not transitory, as the emergence of China together with the prospect of becoming the first world power in the next decades implies the progressive reinforcement of geopolitics as a backbone of international relations. This fact does not necessarily mean confrontation and war between the main centers of power in the world. In that sense nuclear weapons have changed the logic of history. But as a consequence of the tectonic forces that are rearranging the international order, tensions and growing difficulties can be expected. In any case, the future will be better addressed if both the sensitivities and the determinants of geopolitics are taken into account.

Palabras clave: Geopolítica, poder, orden internacional, futuro, Estados Unidos, China.

Keywords: Geopolitics, power, international order, future, United States, China.

Este artículo pretende explorar los profundos cambios que parece estar sufriendo el orden internacional y el peso que en dicho nuevo orden está adquiriendo el enfoque geopolítico, fundamentalmente entre las nuevas potencias emergentes. No se propone tanto que Occidente deba cambiar los propios puntos de vista hacia un enfoque más geopolítico, como que se tengan en cuenta sus premisas en la relaciones con los demás, considerando que recientes intentos de configurar el mundo imponiendo el modelo liberal democrático han producido el efecto contrario, dando lugar a un mundo menos estable y pacífico, y más hostil a los valores occidentales.

De un orden hegemónico a un mundo multipolar

Tras el final de la Guerra Fría los Estados Unidos quedaron como única superpotencia dominante con un grado de hegemonía global que, como afirmó en su día Brzezinski, no tenía precedentes en la historia¹. Siendo la bipolaridad ideológica un componente esencial de la Guerra Fría, el desplome tan completo del rival comunista –que llevó incluso a la descomposición de la misma Unión Soviética– dio al modelo democrático liberal un respaldo tan formidable que llegó a parecer que se trataba del triunfo definitivo del sistema político-económico liberal democrático y de los valores que lo sustentan. El famoso artículo *El fin de la Historia* de Francis Fukuyama, aunque fuera contestado, emergió como la punta del iceberg que subyacía en el subconsciente tanto de los vencedores como de los vencidos.

El idealismo norteamericano y la tradición jurídica occidental ganaron terreno en las relaciones internacionales a las visiones más realistas vinculadas a los intereses nacionales, las capacidades materiales y el equilibrio de poder. El *Nuevo Orden Mundial* aspiraba a superar los antiguos “vicios” de la geopolítica y a construir el mundo conforme a unos principios comunes a toda la humanidad, donde la democracia estaba llamada a ser tanto el referente legitimador como el agente pacificador. Se pensaba, por ejemplo, que la globalización en su conjunto, y muy especialmente la universalización del acceso al conocimiento por los avances de las comunicaciones, favorecerían un desarrollo mundial más armónico y justo. Por lo contrario, en las últimas décadas ha crecido la

¹ BRZEZINSKI, Zbigniew, *Le grand échiquier, L'Amérique et le reste du monde*, Bayard Éditions, 1997, p. 47.

desigualdad, debilitando el apego de importantes sectores de la población occidental hacia sus propios signos de identidad.

A medida que el orden mundial ha ido perdiendo el carácter unipolar y hegemónico que lo caracterizaba, la geopolítica ha vuelto a ocupar el lugar que le ha correspondido con anterioridad en la historia y que tiende a encontrar su acomodo en el orden multipolar que se está perfilando. Ciertamente, la geopolítica ya no tiene los perfiles nítidos que la caracterizaron en los siglos XVIII, XIX y XX, porque en la actualidad tiene que compartir espacio con otras poderosas dimensiones de las relaciones internacionales. Sin embargo, eso no impide que la geopolítica reclame la primacía en la compleja matriz de factores que determina las relaciones entre los actores de la escena internacional.

Resulta interesante la reflexión de Robert Kaplan cuando se pregunta por qué se ha dejado de prestar atención a la perspectiva geográfica:

“Para recobrar nuestro sentido de la geografía primero tenemos que determinar el momento en la historia reciente cuando lo perdimos de forma más profunda, explicar por qué lo perdimos y dilucidar cómo ha afectado nuestras suposiciones acerca del mundo. Tal pérdida fue, por supuesto, gradual. Pero el momento que he aislado, cuando la pérdida fue más aguda, fue inmediatamente después de la caída del Muro de Berlín (...) que nos hizo ciegos a los impedimentos geográficos reales que todavía nos dividen y que se nos seguirán presentando.

Porque de repente nos encontramos en un mundo en donde el desmantelamiento de una frontera hecha por el hombre en Alemania llevó a la asunción de que todas las divisiones humanas habían sido superadas, que la democracia podía conquistar África y Oriente Medio tan fácilmente como lo había hecho en Europa oriental, que la globalización –que pronto se convertiría en la palabra de moda– no era nada más que una dirección moral de la historia y un sistema de seguridad internacional en vez de lo que es en realidad, simplemente una etapa del desarrollo económico y cultural²”

Podemos argumentar, sin duda, que la vuelta de la geopolítica no es una buena noticia. No obstante, no parece inteligente ignorar una realidad porque sea contraria a las propias

² Traducido por el autor de: KAPLAN, Robert D., *The revenge of geography, what the map tells us about coming conflicts and the battle against fate*, Random House, 2012, p. 3.

convicciones y, en cualquier caso, incluso quien se sienta con fuerzas para intentar mitigar el protagonismo de la geopolítica en las relaciones internacionales debe tener en cuenta la lógica y los factores que la animan. Una de las razones por las que la geopolítica ha irrumpido de nuevo con tanta fuerza en las relaciones internacionales ha sido precisamente el no haber tenido en su debida consideración las premisas geopolíticas, actuando como si las sociedades pudieran liberarse por completo de ellas y olvidando el peso de la cultura, de la historia y, en definitiva, de la geografía en el sentido amplio del término. Este ha sido, por ejemplo, el caso del modelo de intervención militar en Irak en 2003, al no tener en cuenta las graves consecuencias de alterar el equilibrio regional entre sunitas y chiitas, o la intervención en Libia, al pasar por alto las profundas divisiones tribales del país.

El punto de inflexión que debilitó el orden internacional regido por los principios liberal-democráticos fue el Once de Septiembre. En aquella época Estados Unidos era admirado y respetado a nivel global. El brutal atentado había generado una enorme solidaridad hacia Norteamérica, reforzando aún más su capacidad de liderazgo. Washington no estaba enfrentado a ningún rival y presidía el orden internacional sin que sus fuerzas combatieran en ninguno de los principales teatros geoestratégicos. La amenaza terrorista en ascenso añadía argumentos para unas relaciones internacionales más colaborativas.

El despliegue militar en Afganistán en octubre de 2001 tuvo un gran respaldo internacional y no se ponía en duda el derecho legítimo de los Estados Unidos para intervenir en un país en cuyo territorio se encontraba el cuartel general de la organización terrorista responsable del colapso de las Torres Gemelas. Sin embargo, la decisión de atacar a Sadam Husein en Irak en marzo de 2003 dañó gravemente la cohesión entre Washington y las principales capitales del mundo –entre ellas algunos importantes aliados europeos– y disolvió, como un azucarillo en el café, el liderazgo y prestigio de los Estados Unidos. Incluso dentro de la propia nación norteamericana la controversia fue muy encendida. Eso fue así precisamente por la arrogancia con la que el presidente norteamericano y su entorno prescindieron de gran parte de los principales actores de la comunidad internacional. Influidos por los hombres fuertes del lobby *neoon* –los únicos que ofrecieron al presidente una respuesta contundente al 11-S– Bush antepuso músculo a legitimidad. Robert Kagan, uno de los principales portavoces del pensamiento *neoon*, lo justificaba afirmando que los americanos eran de Marte y los europeos de

Venus y que lo que legitima el ejercicio del poder es precisamente tenerlo³. La guerra en Irak, no solo debilitó la imprescindible cohesión internacional, sino que también restó recursos, atención política y fuerza a las complejas operaciones en Afganistán.

Para hacer las cosas aún más difíciles, tanto en Afganistán como en Irak se ignoró la realidad étnica, religiosa, cultural e histórica y se intentó construir sociedades de “nueva planta” conforme a un modelo democrático que les era ajeno y se hizo con un grado de radicalidad sin precedentes, especialmente en Irak. Se trataba de deconstruir el Estado baaz y reconstruir el Estado iraquí desde sus cimientos conforme a principios democráticos no contaminados por las estructuras preexistentes. El petróleo pagaría la cuenta de la reconstrucción y la nueva sociedad iraquí sería el faro democrático que ayudaría a propagar los principios liberal-democráticos por la región de Oriente Medio. Esto a su vez ayudaría a pacificar y estabilizar dicho gran foco de inestabilidad mundial y catalizador del terrorismo. Los ejemplos de Alemania y Japón después de la segunda Guerra Mundial se presentaban como argumentos para demostrar que a una sociedad se le podía dar la vuelta como a un calcetín. La práctica ha demostrado que el gobierno norteamericano sobrestimó sus capacidades, produciéndose el efecto contrario de lo pretendido.

La guerra de Irak sirvió de fermento para el nacimiento y desarrollo del autodenominado *Estado Islámico*. La decisión manifiesta de la administración Obama de retirar la fuerza militar de Irak y no volver a desplegar fuerzas terrestres en la región junto con la *Primavera Árabe* dieron a la franquicia disidente de Al Qaeda la oportunidad de llevar a la práctica su proyecto de Califato sobre un territorio concreto y en la región donde había enraizado el Califato original. La guerra de Siria, consecuencia de la de Irak, ha restado a Estados Unidos influencia y capacidad de maniobra en una región que le resulta especialmente sensible desde el punto de vista geoestratégico. La desafortunada intervención en Libia, que solo ha contribuido a empeorar las cosas, no solo ha contaminado la geopolítica mediterránea, sino que además suma argumentos al relato del resentimiento antioccidental dentro del mundo islámico que describe a los cruzados occidentales destruyendo a las sociedades árabes para adueñarse de su petróleo.

³ Esta es la tesis central del artículo y posterior libro: KAGAN, Robert, “Poder y debilidad, Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial”, 2003.

Otro importante teatro geopolítico donde tanto Europa como los Estados Unidos encuentran dificultades crecientes es la frontera rusa, con graves consecuencias tanto allí como para la posición norteamericana en Siria. De nuevo la subestima de las realidades geopolíticas frente a una nación orgullosa y con aspiraciones de potencia que interpreta de hecho las relaciones internacionales desde la óptica geopolítica ha puesto a Moscú en oposición a sus antiguos enemigos de la Guerra Fría. La expansión pausada pero sistemática y sin línea de parada reconocible de la OTAN y de la Unión Europea hacia el Este y Sureste no podía dejar de producir una reacción rusa. Rusia es una nación históricamente obsesionada por la necesidad de unas áreas de influencia o de dominio que impidan su aislamiento –cerco en el peor de los casos– y den seguridad a sus extensas fronteras. Desde la óptica occidental como consecuencia de la crisis de Ucrania, Crimea y el Donbas en 2014, Rusia, al usar la fuerza contra otro país europeo y modificar con ello las fronteras, ha transgredido los principios básicos del orden internacional establecido tras la segunda Guerra Mundial y ratificados tras el fin de la Guerra Fría. Desde el punto de vista ruso, se ha dañado gravemente la confianza recíproca y la posibilidad de unas relaciones constructivas con Occidente, acercándose Rusia a China, su rival geopolítico natural.

La ascensión de China y su impacto en la geopolítica mundial

Esto último ha adquirido especial relevancia porque, precisamente en los años en que Estados Unidos se ha ido enmarañando en el laberinto de Oriente Medio, se ha producido el milagro chino. Según datos del Banco Mundial, en el año 2000 China era la sexta economía mundial –detrás de Estados Unidos, Japón, Alemania, Gran Bretaña y Francia– con un 12% del PIB de los EEUU. En la actualidad China es la segunda potencia económica del mundo con un 60 % del PIB de los Estados Unidos y casi dos veces y media el de Japón, país que ocupa el tercer lugar⁴. Pekín, que mantenía un perfil bajo mientras ponía en orden su economía y se iba posicionando por el mundo para asegurarse el acceso a las materias primas, ahora reclama su papel de gran potencia. Ciertamente, China es un país pragmático que no busca la confrontación, pero impulsa una reordenación de su espacio marítimo próximo y desea desplazar a los Estados Unidos como árbitro de Asia oriental, el lugar hacia el que se está desplazando el centro

⁴ Elaboración propia con datos de: <http://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.CD>

de gravedad de la economía mundial. Tanto su modo de actuar, como el contenido del debate estratégico interno, revelan que China carece de cualquier sensibilidad idealista y que se ajusta a la perfección a los patrones del realismo político y de la interpretación geopolítica de la realidad internacional.

Por riqueza, desarrollo y población el Imperio chino podía haber disputado la primacía a las monarquías europeas durante los primeros tres siglos de expansión y dominio mundial de estas últimas, pero no lo hizo porque se aisló voluntariamente del contexto global y se limitó a dominar su entorno inmediato, cerrado y autosuficiente. En el siglo XIX China, el país del centro, con una historia milenaria de supremacía de su civilización, se vio humillada por Occidente y ahora quiere asegurarse de que nadie le pueda volver a imponer su voluntad y de que su dignidad nacional sea respetada. Incluso si China quisiera volver a aislarse en un espacio autosuficiente, ese sería en adelante la totalidad del planeta sin cuyos recursos no puede sostenerse un país donde vive un sexto de la población mundial.

El conjunto de factores descrito combinado con las propias debilidades que Occidente está poniendo de manifiesto con el auge de los populismos, el Brexit, la falta de impulso en su conjunto al proyecto de la Unión Europea y los interrogantes de la nueva presidencia norteamericana han propiciado tiempos de gran incertidumbre donde parecen cuestionarse algunos de los pilares sobre los que se había construido el orden internacional configurado tras el final de la segunda Guerra Mundial. En dicho sentido el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres afirma en su *Strategic Survey 2016* que “Los cimientos del orden global se están debilitando alarmantemente”, que “la política exterior se está convirtiendo en una rama de la psicología” y que “se está renacionalizando la gestión de crisis”⁵.

Aunque haya diversidad de opiniones en relación con el futuro desarrollo de China y nunca pueda descartarse un colapso interno, es razonable prever que dentro de una década haya un orden mundial presidido por dos superpotencias China y Estados Unidos, equilibrado por otras tantas potencias de segundo orden: Japón, la India, Rusia y la Unión Europea, éstas últimas todas ellas con sus puntos fuertes y sus puntos débiles. La India lógicamente será un aliado natural de los Estados Unidos y un rival de China;

⁵ The International Institute for Strategic Studies (IISS), *Strategic Survey 2016*, 27 de septiembre de 2016, p. 9.

Japón para reivindicar su papel real como tercera potencia más rica del planeta tenderá a tener una posición cada vez más independiente de los Estados Unidos; Rusia, sin una economía que respalde sus ambiciones de poder –si no llega a sufrir una grave crisis interna que la descartaría como potencia–, se convertirá en un comodín determinante a favor de una o de la otra de las superpotencias. Una alianza ruso-norteamericana dará lugar a un equilibrio geopolítico muy distinto al de una alianza ruso-china. En el primer caso los Estados Unidos podrán mantener una posición cómoda con una mayor distensión geopolítica global y Washington jugará a nivel del continente euroasiático el papel que en su día le correspondió a Londres, vigilando los equilibrios de poder entre las potencias continentales europeas. En el segundo caso, habría un mayor enconamiento geopolítico con un mundo más polarizado entre Washington y Pekín. La Unión Europea es un gran interrogante porque puede ser decisiva o irrelevante según ella misma se autodetermine. Sin duda, el mejor de los escenarios para todas las partes es aquel en que la Unión Europea actúe de forma cohesionada y unitaria en el juego geopolítico global. Tal circunstancia reforzaría el papel de los Estados Unidos y reequilibraría los centros de poder del Pacífico y del Atlántico, favoreciendo una transición de poder menos abrupta.

El panorama descrito de conformación de un mundo multipolar complejo con la emergencia de una nueva gran potencia con el pronóstico de convertirse en unas décadas en el Estado más rico y poderoso del mundo augura tiempos de fricciones e inestabilidad. Podemos pues pensar que en los próximos años la geopolítica siga ganado peso en la conformación de las relaciones internacionales y que en consecuencia vayamos a vivir décadas de creciente densidad geopolítica. En el pasado las pugnas en la cumbre del poder global que daban lugar a la sustitución de unas potencias por otras como centros principales de poder solían dar lugar a guerras de grandes proporciones. La aparición del arma nuclear y la lógica de la mutua destrucción asegurada han cambiado por completo dicha tendencia haciendo mucho menos probables, y sin resultado favorable posible para ninguna de las partes, las guerras convencionales entre grandes potencias dotadas del arma nuclear. No obstante, nunca se pueden descartar los accidentes fortuitos o la irreprimible imprevisibilidad de la libertad humana.

Vemos pues como el acontecimiento que más influye, y que de alguna manera preside la geopolítica contemporánea, es uno que todavía no ha ocurrido: la ascensión de China a la posición de primacía entre las potencias mundiales. Con independencia de que

termine ocurriendo o no, mientras esté en el horizonte prospectivo de las próximas dos o tres décadas, esta posibilidad se proyectará hacia atrás y determinará en gran medida la naturaleza de las relaciones internacionales.

Perspectivas para interpretar la ascensión de China a la primacía mundial

Hay tres grandes perspectivas para considerarlo. La más elemental es la que considera que los Estados Unidos van a perder el papel de supremacía mundial en favor de otra potencia. En este caso, que tiene su sentido fundamentalmente desde una reflexión norteamericana, y que es un tema recurrente en Washington desde hace bastante tiempo, se trataría de diseñar una estrategia para retrasar o mitigar las consecuencias del traspaso de poder. Esto no deja de ser un suceso de ley natural, ya que sería ahistórico aspirar a perpetuarse indefinidamente en una posición hegemónica. Se trataría pues del final de algo menos de un siglo de supremacía estadounidense en la historia universal.

La segunda perspectiva es considerar que lo que está llegando a su fin es un periodo histórico de doscientos años de configuración de la sociedad internacional según los valores y referencias liberales. Se trata de los dos siglos en que tras las guerras napoleónicas el mundo se ordena principalmente según dichos parámetros, únicamente interrumpidos como alternativa en una parte del mundo durante los años del orden soviético. Pone el énfasis en los valores que han regido el orden internacional desde la supremacía moral tanto de dichos valores como de las naciones anglosajonas que lo han implantado. No se trataría del final del sistema de valores liberal democrático sino del final de su hegemonía en la configuración del orden internacional. Como afirma Charles Kupchan en *No One's World*, con la emergencia de las nuevas potencias, Occidente no solo perderá su primacía en el ámbito material, sino también su dominio ideológico, configurándose un mundo con múltiples versiones de modernidad⁶.

Finalmente, se puede contemplar la cuestión como la conclusión de una era histórica en la que el mundo ha estado dominado y configurado por potencias europeas, considerando a los EEUU como una nación europea establecida territorialmente en otro continente. Se trataría pues del final de la era eurocéntrica de la historia humana. Desde

⁶ Citado por: FLOCKHART, Trine, *The coming multi-order world*, Routledge, 23 de marzo de 2016, p.10.

esta perspectiva el mundo habría empezado ya la transición hacia un mundo donde el poder mundial dejaría de tener rostro blanco para tener una impronta geográfica más representativa de toda la humanidad.

Hasta finales del siglo XV, no solamente estaba América fuera del mapamundi, sino que las relaciones entre los grandes centros civilizadores de Europa y Asia eran muy tenues y el enorme potencial de interacción humana a nivel global estaba dormido. Tras las grandes exploraciones españolas y portuguesas del despertar del Renacimiento, el mundo inició un progresivo proceso de globalización que ha llegado a su plenitud en el siglo XX. Poco a poco las sociedades europeas fueron controlando de forma efectiva mayores porciones de la geografía mundial. Al partir la iniciativa de puertos europeos y demostrar las sociedades europeas un atrevimiento, dinamismo y capacidad de dominio sin precedente, el mundo se configuró según el orden, los patrones y los valores acuñados en el apéndice más occidental del continente euroasiático.

Esta última perspectiva que contempla nuestro tiempo como el otoño de una gran era eurocéntrica de más de quinientos años es quizás la más conveniente para intentar escudriñar el futuro en tanto que es probablemente de ese modo como la mayor parte del mundo lo va a interpretar. Incluso desde Rusia, que fue uno de los grandes actores del dominio mundial por parte de Europa, tiene esa interpretación en relación con Occidente. Su ministro de exteriores, Sergei Lavrov, ha escrito en dicho sentido:

“Se ha producido una reducción relativa de la influencia del así llamado *Occidente histórico* que fue utilizada para verse a sí mismo como el campeón de los destinos de la raza humana por casi cinco siglos.”⁷

La entrada de potencias no occidentales en el foro selecto de los centros de poder que configuran el orden mundial está llamada a ser la Revolución Francesa de las naciones, con toda la capacidad de transformación que eso supone. La reciente experiencia colonial hace que prácticamente la totalidad de las naciones del mundo se interpreten a sí misma como sociedades colonizadas o colonizadoras. Esta circunstancia que polariza a las naciones en relación con Occidente, la aristocracia mundial en el orden anterior, se irá poniendo progresivamente de manifiesto a medida que las nuevas potencias no

⁷ Traducido por el autor del artículo publicado en inglés en la página Web del ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa: LAVROV, Sergei, *Russia's Foreign Policy: Historical Background*, revista *Russia in Global Affairs*, 3 de marzo de 2016". Ver en, http://www.mid.ru/en/foreign_policy/news/-/asset_publisher/cKNonkJE02Bw/content/id/2124391.

occidentales se vean en posiciones más dominantes. ¿Cómo interpretarán los japoneses los sucesos de Hiroshima y Nagasaki cuando la influencia de los EEUU en el Este de Asia se haya debilitado? ¿Cuánto resentimiento postcolonial no subyace en el antagonismo antioccidental del terrorismo yihadista? Muchas naciones hoy de segundo y tercer orden alcanzarán previsiblemente la conciencia de su propia identidad y potencialidad intentando superar la subordinación al patrón cultural hoy dominante. Sin embargo, las propias rivalidades entre las potencias asiáticas hace muy difícil imaginar una gran alianza antioccidental.

Como ocurrió tras la caída del Imperio romano, donde sus referencias culturales sobrevivieron a la invasión bárbara y hasta nuestros días han llegado muy audibles los ecos del Foro romano, muchos elementos de la cultura occidental sobrevivirán como referencia universal al final de la era eurocéntrica. En la ciencia, en las artes, en la organización de las ciudades, en la diplomacia e incluso en el protocolo permanecerá probablemente la herencia occidental.

Conclusiones

En cualquier caso, muchas de las reflexiones propuestas pueden perder toda su vigencia en función de acontecimientos hoy no previsibles o poco probables que pudieran tener una incidencia de primer orden en la configuración del futuro orden internacional, normalmente para hacerlo más inestable. Vivimos tiempos de incertidumbres y de preocupación por un futuro difícil de gestionar donde todo parece indicar que la geopolítica ha vuelto para quedarse.

No se trata de proponer estrategias para oponerse a la ascensión de una u otra potencia, lo cual sería probablemente contraproducente, sino más bien de la necesidad de revisar algunas de las premisas hasta ahora vigentes. El modelo liberal democrático tendrá mayor arraigo fuera del mundo occidental en la medida en que se proponga y no se imponga. La paz sigue siendo la prioridad por excelencia, pero la estabilidad debe primar por encima de las profundas diferencias que puedan separar a unas naciones y culturas de otras, reconociendo la importancia de las sensibilidades geopolíticas ajenas: el cambio por la fuerza de regímenes autoritarios poco respetuosos con los derechos humanos ha dado lugar a escenarios caóticos donde los derechos humanos se ven

todavía más amenazados; por sólidos que sean los argumentos que llevaron a la ruptura de relaciones constructivas con Moscú, la actual situación de escalada militar entre la OTAN y Rusia, y la intervención militar de esta última en Siria están perfilando un horizonte claramente más peligroso y peor para todas las partes; en Oriente Medio hay una realidad religiosa, racial, nacional, de posicionamiento en relación con la modernidad y de rivalidad entre la potencias regionales –a la que hay que sumar el envenenado asunto palestino-israelí–, compleja y entrecruzada que no puede ser menospreciada si se quiere mitigar la furia del volcán de violencia e inestabilidad en que se ha convertido la región. Finalmente, los temas de interés global, como el cambio climático, el acceso universal a los recursos naturales o la lucha contra el terrorismo y contra la proliferación de armas de destrucción masiva deben servir para crear consensos sobre los que fomentar unas relaciones internacionales más constructivas.

*José Pardo de Santayana Gómez de Olea
COR.ET.ART.DEM.
Analista del IEEE*